

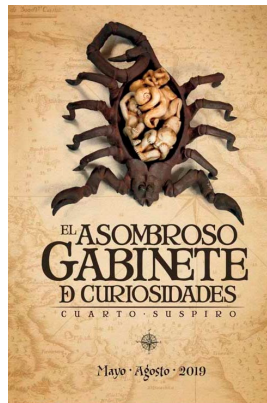


El rescate del tiempo¹

María Isabel Grañén Porrúa

Uno de los grandes proyectos de rescate de documentos y libros antiguos más importantes que se han llevado a cabo en México es la Biblioteca Francisco de Burgoa cuyo fondo bibliográfico pertenece a la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca. Este acervo, que cuenta con más de treinta mil títulos, se conforma principalmente de libros que pertenecieron a los conventos, por lo que es posible formarse una idea de las lecturas que hacían los religiosos que habitaron las tierras de los oaxaqueños: dominicos, franciscanos, agustinos, jesuitas, carmelitas, betlemitas y mercedarios. Estas maravillosas bibliotecas fueron creadas por frailes deseosos de instruirse, hombres cultos de Oaxaca que tuvieron acceso a una cultura humanística y científica que en nada tenían que envidiar a los radicados en su época en Europa. Podemos imaginar su historia:

Se escuchan los disparos de los cañones, anuncian a la población la llegada de la nao al puerto de Acapulco. La gente se amotina, esperan con ansias las noticias del Viejo Continente. Libreros, mercaderes y frailes desean ver sus libros, pero el comisario de la Inquisición se adelanta.



Su curiosidad lo lleva a revisar las listas de libros. Uno de los barriles dice “avellanas” y, al abrirlo, encuentra libros, ¡libros prohibidos!, ¡un escándalo!, el título *Vita Christi* se lee en el lomo del libro y, al interior, encuentran fragmentos de la Biblia de Calvino. Otros libros se libran de la hoguera, pero las novelas de caballería

circulan en la mente de los conquistadores. Afortunadamente, ninguna censura fue capaz de poner fin a los textos que alteraban el orden social y perturbaban las buenas conciencias. No faltaron los viajeros que colocaron sus libros entre sus ropas o almohadas, también los frailes, como el arzobispo fray Juan de Zumárraga, que trajeron de Europa sus bibliotecas personales. Aguantaron los mareos, el calor, el hambre y las incomodidades que implicaban los eternos días de trayecto en el camino a las Indias.

Los cargadores reciben la orden, depositan los baúles y barriles llenos de libros en las carretas o en los lomos de las mulas que van hacia la ciudad de Oaxaca. Los libros llegan a la Provincia de Antequera, unos serán para el convento de Cuilapan o Tlaxiaco, otros para los carmelitas, los jesuitas, los agustinos, los betlemitas, la mayor parte, para los dominicos. Los frailes tenían una formación humanista y requerían libros y

¹ Tomado de María Isabel Grañén Porrúa, “El rescate del tiempo”, en *La filantropía de Alfredo Harp Helú, una forma de vida*. Oaxaca, FAHHO, 2014, pp. 177-185, vol. 1.







no escatimaron recursos para adquirirlos. Así, muchas bibliotecas conventuales en la Nueva España no tenían nada que envidiar a sus contemporáneas en Europa.

Los nuevos aires del siglo XIX traen consigo una luz para la educación en Oaxaca: en 1827 el Instituto de Ciencias y Artes del Estado abre sus puertas y con él una selecta biblioteca que se convirtió en la Biblioteca Pública del Estado de Oaxaca, la primera de su tipo establecida en México. Ilustres estudiantes trabajaron en ella: Benito Juárez y Porfirio Díaz, quien en sus memorias afirma que ganó su primer sueldo como ayudante de bibliotecario.

En 1859, con la Ley de Nacionalización de Bienes Eclesiásticos, las bibliotecas de los conventos religiosos pasaron a formar parte de la Biblioteca Pública del Estado. Lamentablemente, muchos libros se perdieron. Algunos volúmenes quedaron esparcidos en celdas y pasillos.

El convulsionado ambiente que se vivió después de la promulgación de la Constitución de 1857 trajo consigo diversas luchas: la llamada Guerra de Tres Años y la Intervención francesa. La Biblioteca Pública fue ocupada como cuartel y las fuerzas invasoras utilizaron varios libros para hacer sus fogatas. A pesar de ello, muchos libros sobrevivieron, aunque en completo

desorden. Una vez más, la biblioteca se salvó de milagro.

Hubo un respiro: en 1861 se formó una comisión para ordenar alfabéticamente la biblioteca y hacia 1880 se publicó un catálogo. Además, la biblioteca incrementó su acervo con un fondo jurídico y médico para los alumnos del Instituto de Ciencias y Artes, y abrió por las noches para permitir a los obreros y trabajadores la consulta de los materiales.

Pasó el tiempo y la Biblioteca Pública del Estado tuvo su propio edificio. Se acondicionó una casa en las calles de 5 de Mayo e Independencia para que ahí fuera trasladada. Tiempo después pasó a manos de la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca. Y la gloria no fue eterna. La nascente Facultad de Arquitectura se instaló en el espacio de la biblioteca que, a partir de 1970, fue ocupada en varias ocasiones por los disturbios estudiantiles; los libros fueron apilados a la orilla, se les puso papel manila y clavos sobre los lomos, otros fueron utilizados como defensa en la trinchera y algunos más los robaron.

Las autoridades universitarias estaban preocupadas, trasladaron los libros a un nuevo edificio en Ciudad Universitaria. Ahí, las paredes eran de tablarroca, los libros estaban desordenados en estantería





metálica, algunos ejemplares estaban en cajas de cartón, revueltos con revistas y propaganda política. Los sensores de luz ardían, la iluminación era lúgubre, los roedores encontraban morada, y en época de lluvias el agua se filtraba por las paredes en busca de cauce...

Estos libros se libraron de los terremotos, los incendios, las guerras y el pillaje y, milagrosamente, se conservaron hasta el día de hoy. Estaban desordenados y muy descuidados, pero afortunadamente, estaban.

Recordar es una forma de volver a vivir

En esta ocasión, me permito recordar a cada una de las personas que contribuyeron a solucionar el desastre y crear la Biblioteca Francisco de Burgoa: en primer lugar a Francisco Toledo, quien impulsó y financió la mitad del proyecto de organización de la Biblioteca; a la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, que acogió con entusiasmo la iniciativa y apoyó, a lo largo de más de veinte años, el trabajo diario que se desarrolla en ella; a la doctora Stella María González Cicero, quien asesoró y ha sido la guía de cada paso en el andar. Por supuesto identifico a cada rostro que entró a fumigar, a desempolvar

los ejemplares, a levantar libros del piso, a sacarlos de las cajas, a separar el material antiguo del moderno, a configurar la imagen que hoy vemos.

El proyecto requería de latinistas; ellos dejaron sus casas y se desplazaron a Oaxaca, hicieron una ficha bibliográfica de cada libro, anotaron en una tarjeta el nombre del autor, el título, la materia, el editor, la fecha y algunas observaciones importantes de cada uno de los libros antiguos. Hubo necesidad de contratar a un asesor que, con sus conocimientos eclesiásticos y el dominio del latín, griego, hebreo, italiano y francés, apuntara en cada ficha la materia correspondiente. Con el auxilio de la informática, el equipo logró un inventario de más de 23 000 títulos que gracias a las donaciones se ha incrementado a 30 000. Sí, un trabajo que requería cariño y una verdadera vocación. Recuerdo el regocijo de quienes descubríamos y seguimos descubriendo las maravillas bibliográficas, varias lágrimas de emoción salieron de nuestros ojos. Podría hablarse de una “feliz coincidencia”, del destino o de un mensaje providencial; el caso es que la reunión de un grupo de personas profundamente comprometidas con su trabajo sacaron adelante el proyecto del inventario y ordenación de la Bibliote-





ca Francisco de Burgoa. Reunidos, nos enriquecimos con la constancia. Hubo desertores, los menos. Entre tanto, en el recinto del exconvento de Santo Domingo se lleva a cabo el proyecto de restauración más importante de América, bajo un esquema de colaboración ejemplar: el Gobierno federal, a través del INAH, el Gobierno estatal y Banamex. Aceptaron la propuesta de darle un hogar a la maravillosa biblioteca de Oaxaca y prepararon la gran nave. Por su parte, Alfredo Harp Helú aprobó el financiamiento de los muebles de cedro rojo para albergar los libros. Y así, inició una faceta de su vida que jamás imaginó: conoció a la bibliotecaria y juntos iniciaron una nueva historia, que algún día habrá que escribir. Entraron albañiles, pedreros, herreros y artesanos que acomodaron ladrillos para que, más tarde, los carpinteros comenzaran su tarea. Entre música y serruchos, diariamente, se conformaba la estantería, la de la nueva casa del fondo bibliográfico de la UABJO. Concluido el trabajo, asustaba el traslado de los miles de libros. Varias fueron, sin retribución alguna, las personas que ayudaron a cargar y acomodar los volúmenes hasta altas horas de la madrugada en un jueves santo. Don Alfredo ha seguido velando cada paso en



la Biblioteca. Con frecuencia asiste a los eventos, siempre en primera fila, alentando los proyectos: invitación de ponentes, presentaciones de libros, carteles, seminarios, conferencias, congresos y exposiciones. A veces, financia nuestras arcas porque suelen vaciarse con frecuencia. Él ha sido un gran aliado de la vida cultural que ofrece una de las bibliotecas más hermosas de México. A todos ellos, a quienes no esperan monumentos ni reconocimiento alguno, en este texto quiero homenajearlos. Me siento orgullosa de haber sido la responsable de este maravilloso proyecto que solo a base de esfuerzo y en equipo logró el lugar que merece. Mi vida se ha enriquecido con esta experiencia, al sentirme rodeada de tantos libros maravillosos que son patrimonio de México y, sobre todo, reconozco el apoyo de los oaxaqueños que día a día me colman de cariño.

